

Bienes asegurados y perdidos:

Si inclinas los oídos
 Á las piadosas y dolientes quejas
 De un espíritu amargo
 (Breve consuelo de un dolor tan largo)
 Con quien amarga soledad me aquejas,
 Yo con tu compañía,
 Y acaso á ti te aliviará la mía,

La rigurosa mano que me aparta
 Como á ti de tu bien, á mí del mío,
 Cargada va de triunfos y victorias:
 Sábelo el monte y río,
 Que está cansada y harta
 De marchitar en flor mis dulces glorias,
 Y si eran transitorias,

Acabáralas golpe de fortuna:
 No viera yo cubierto
 De turbias nubes cielo que vi abierto
 En la fuerza mayor de mi fortuna;
 Que acabado con ellas
 Acabarán mis llantos y querellas

Parece que me escuchas, y parece
 Que te cuento tu mal, que roncamente
 Lloras tu compañía desdichada:

El ánimo doliente
 Que el dolor apetece
 Por un alivio de su suerte airada,
 La mas apasionada

Mas agradable le parece, en tanto
 Que el alma dolorosa
 Llorando su desdicha rigurosa

Baña los ojos con eterno llanto;
 Cuya pasión afloja
 La vida al cuerpo, al alma la congoja.

¿No regalaste con tus quejas tiernas

Por solitarios y desiertos prados,
 Hombres y fieras, cielos y elementos?
 ¿Lloraste tus cuidados
 Con lágrimas eternas,
 Duras y encomendadas á los vientos?
 ¿No son tus sentimientos
 De tanta compasión y tan dolientes,
 Que enternecen los pechos
 Á rigurosas sinrazones hechos,
 Que los haceis crueles de clementes?
 ¿En qué ofendiste tanto,
 Cuitada, que te sigue miedo y llanto?

Quien te ve por los montes solitarios
 Mustia, y enmudecida, y elevada
 De los casados árboles huyendo
 Sola y desamparada
 Á los fieros contrarios,
 Que te tienen en vida padeciendo:
 Señal de agüero horrendo
 Mostrarian tus ojos anublados,
 Con las cerradas nieblas
 Que levantó la muerte, y las tinieblas
 De tus bienes supremos y pasados;
 Llorá, cuitada, llorá,
 Al venir de la noche y de la aurora.

Llorá, desventurada, llorá cuando
 Vieres resplandecer la soberana
 Lámpara del Oriente luminoso:
 Cuando su blanca hermana
 Muestra su rostro blando
 Al pastorcillo de su sol quejoso,
 Y con llanto piadoso
 Quéjate á las estrellas relucientes,
 Regálate con ellas
 Que ellas también amaron bien, y dellas

Padecieron mortales accidentes:

No temas que tu llanto

Esconda el cielo en el nocturno espanto.

¿Dónde vas, avecilla desdichada?

¿Dónde puedes estar mas afligida?

¿Hágote compañía con mi llanto?

¿Busco yo nueva vida

Que la desventurada

Que me persigue, y que te aflige tanto?

Mira que mi quebranto,

Por ser como tu pena rigurosa

Busca tu compañía:

No menosprecies la doliente mia,

Por menos fatigada y dolorosa;

Que si te persuadieras,

Con la dureza de mi mal vivieras.

¿Vuelas al fin, y al fin te vas llorando?

El cielo te defienda, y acreciente

Tu soledad y tu dolor eterno.

Avecilla doliente,

Andes la selva errando

Con el sonido de tu arrullo eterno:

Y cuando el sempiterno

Cielo cerrase tus cansados ojos,

Llórete Filomena

Ya regalada un tiempo con tu pena;

Sus hijos hechos míseros despojos

Del azor atrevido

Que adulteró su relagado nido.

Canción en la corteza de este roble

Solo y desamparado

De verdes hojas verde vid y verde

Yedra quedad; que el hado,

Que mi ventura pierde,

Mas estéril y solo me ha quedado.

CANTATA.

D. VENTURA DE LA VEGA.

La Guerra de Africa.

CORO.

Grito santo asorda el viento:
 «¡A las armas! ¡Guerra! ¡Guerra!
 El infiel derriba en tierra,
 Madre España tu blasón.»
 ¡Cruce el mar la invicta hueste
 «A salvar de vil mancilla
 Los leones de Castilla
 Y las barras de Aragón!»

Al rumor del torpe ultraje,
 Indignado el pueblo ibero,
 Ya desnuda el fuerte acero
 Y la vaina al viento dá.
 Ya entre vítores tremola
 La bandera roja igualda,
 Que del Atlas en la espalda
 Tinta en sangre flotará.

RECITADO.

Alza en vano el Estrecho montes de olas;
 En vano el viento brama;
 Que allá van las legiones españolas
 Donde el honor las llama.

Lanza en vano cien kávilas la sierra
 Con ímpetu salvaje;
 Que allí con sangre y vil bañan la tierra
 Que presenció el ultraje.

Mas ruge el huracan; sopla la peste;
 La lluvia inunda el suelo.
 ¿Caerá deshecha la cristiana hueste
 Por tí, Señor del Cielo?

En medio el campo, sobre monte herguido,
 Un altar se levanta;
 Y en sus humildes manos el ungido
 Eleva la hostia santa.

Hace salva el cañón; rompe sonora
 Militar armonía:
 ¡La hueste arrodillada á Dios implora
 y su oblación le envía!

PLEGARIA.

—
 ¡Señor! Hijos somos
 De aquellos varones
 Que á ignotas regiones
 Llevaron tu cruz.
 Tu cruz, que en Granada
 Con gloria plantada
 Lanzó por el orbe
 Su vivida luz

¡Señor! esta impura
 Fanática raza
 Tu nombre rechaza,
 Tu gloria no vé.

A España concede
Que rasgue su venda,
Y en África encienda
La luz de tu fé.

RECITADO.

Dios los oyó: se aleja la tormenta;
La mortífera peste va en su seno:
Radiante el sol con majestad se ostenta
De un cielo puro en el azul sereno.
Siente en su pecho el adalid hispano
De inspiración la llama:
Él nunca se abatió; ya en cien combates
Su constancia y valor cantó la fama.
En bárbaras regiones,
Émulo de Cortés, ora acaudilla
Inexpertas legiones,
Que al contacto de la árabe cuchilla,
Al trueno del cañón, al rudo embate
Del terco moro en desigual combate,
Tórnanse luego en invencible tropa,
Terror de Libia, admiración de Europa.
Nada resiste á sus heróicos brios.
Ya surcando el desierto
Por áspero camino, á hierro abierto;
Ya cruzando altos montes y hondos rios;
De victoria en victoria
A la vega feraz se precipita,
Campo de nueva gloria,
Do luchando otra vez, y otra vencido,
Huye despavorido
El atezado Hamet.—La hueste grita:
¡Tetuan por Isabel!—y en la Alcazaba
El pendon español triunfante clava.

HIMNO FINAL.

—
No más, desde sus playas,
Con bárbara osadía,
La tierra, suya un día,
Aceche el musulmán.
No infeste el aire puro
La brisa de los mares,
Trayendo á nuestros lares
Los ecos del Corán.

Magnánima heredera
Del celo de Pelayo,
Tu diestra el igneo rayo
Al África, lanzó,
Y el niño Alfonso un día
Sabrá que por tu mano
El suelo castellano
Su límite ensanchó.

El muro donde España
Su enseña al aire ondea,
Jamás flotando vea
Las lunas del infiel.
Y de uno en otro siglo
Sin tregua se repita
La voz que al mundo grita:
¡Tetuan por Isabel!

LETRILLAS.

D. LUIS DE GÓNGORA.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
*Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.*

Celosa estás, la niña,
Celosa estás de aquel
Dichoso, pues lo buscas
Ciego, pues no te ve;
Ingrato, pues te enoja;
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él,
Que celos entre amantes
Que se han querido bien,
*Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.*

Aurora de ti misma
Que cuando á amanecer
A tu placer empiezas,
Se eclipsa tu placer:
Serénense tus ojos,
Y más perlas no des
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien
Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes,

Y querellas después,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

Después que de puro viejo
 Caduca ya mi vestido,
 Como, como un descosido
 Por estarlo hasta el pellejo:
 No acierto á tópar consejo
 Que pueda ponerme en salvo,
 Contra un herreruero calvo,
 Y una sotana lampiña,
 Que cuando mejor se aliña
 Me descubre todo el lomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.
 Si va á decir la verdad
 De nadie se me da nada,
 Que el ánima apicarada
 Me ha dado esta libertad.
 Solo llamo majestad
 Al rey con que hago la suerte:
 No temo en damas la muerte
 Tanto como en un doctor,
 Que las cosas del amor
 Como me vienen las tomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.
 Para mí no hay demasías,
 Ni prerogativas necias
 De los que se hacen venecias;

Solo por ser señorías.
 En mi mesa las harpias
 Mueren de hambre contino;
 Pidola para el camino,
 Si me despide mi dama,
 Mas si á mi ventana llama
 Despues de comer me asomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.

D. JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

Siglo friolera
 Vi en atisbo ocioso
Érase que se era,
Y es cuento gracioso.

Érase un vejete
 Más blanco que el cisne,
 Que á fuerza de tizne,
 A cuervo se mete;
 Jordan se promete
 Su tintero ocioso;
Érase que se era,
Y es cuento gracioso.

Por matar ligero
 El médico Naba,
 Yendo caballero
 Su mula mataba,
 Y á cuantos pulsaba
 Mató valeroso
Érase que se era
Y es cuento gracioso.
 Érase un letrado

Que el buen parecer
 Que halló en su mujer
 Le dió un puesto alzado,
 De frente elevado,
 De barba velloso;

*Érase que se era
 Y es cuento gracioso.*

Robusta mozueta,
 Que á un viejo podrido
 Mandó con su abuela
 Un reciennacido,
 Que el viejo ha admitido,
 Y es su padre el coso;

*Érase que se era
 Y es cuento gracioso.*

SONETOS.

GARCILASO DE LA VEGA.

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
 Dulces y alegres cuando Dios quería!
 Juntas estais en la memoria mia,
 Y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
 Horas, en tanto bien por vos me via,
 Que me habiais de ser en algún dia
 Con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
 Todo el bien que por términos me distes,
 Llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
 En tantos bienes, porque deseastes
 Verme morir entre memorias tristes

D. JUAN DE ARQUIJO.

A la muerte de Ciceron.

Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Popilio ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.

¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?

¡Oh cuan poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!

Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua, derribado
Deja el valor, y la elocuencia muda.

D. BARTOLOMÉ L. DE ARGENSOLA.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude al tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo que, robusto,
Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el cebo que mas las reverencia
Gima á los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicuas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo...»

Esto decia yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?»

LUPERCIO DE ARGËNSOLA.

Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo,
Ó el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto;

El otro sus riquezas descubiertas
Con falsa llave, ó con violento insulto,
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

A unas flores.

Estas que fueron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
Á la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fria.

Este matiz que al cielo desafia,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana;
¡Tanto se aprende en término de un dia!

Á florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron;
Cuna y sepulcro en un boton hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:
En un dia nacieron y espiraron;
Que pasados los siglos, horas fueron.

D. BERNARDO L. GARCÍA.

El pan Eucarístico.

Tú, nos diste la luz, nos diste el viento;
la cumbre secular, y el océano;
con tu gigante y poderosa mano
hiciste al mundo del mortal asiento.

Tú nos diste el amor y el sentimiento
y el genio de las artes soberano;

Tú bajaste á la tierra como hermano
de la criatura que te alzó el tormento.

Tú diste al hombre del saber la palma;
la fé que alumbra; la razón que advierte;
la religión que los pesares calma;

Y grande, santo, generoso y fuerte,
te diste Tú, como manjar del alma,
al mundo infame que te dió la muerte....!

D. GASPÁR NÚÑEZ DE ARCE.

! Ante una pirámide de Egipto.

Quiso imponer al mundo su memoria
Un rey, en su soberbia desmentida,
Y por miles de esclavos construida
Erigió esta pirámide mortuoria.

¡Sueño estéril y vano! Ya la historia
No recuerda su nombre ni su vida,
Que el tiempo ciego en su veloz corrida
Dejó la tumba y se llevó la gloria.

El polvo que en el hueco de su mano
Contempla absorto el caminante ¿ha sido
Parte del siervo ó parte del tirano?

¡Ah! todo vá revuelto y confundido;
Que guarda Dios para el orgullo humano
Sólo una eternidad: la del olvido.

D. MANUEL DEL PALACIO.A un pobre rico.

Me ofendes sospechándolo..... ¡camueso!
 Yo pudiera admirarte y aun quererte,
 Maldecirte tal vez, ó aborrecerte.....

¡Envidiarte?... ¡jamás, no estoy por eso.

Aunque superes en fortuna á Crespo,
 Aunque á Sanson iguales en lo fuerte,
 Aunque la misma Vénus goce al verte,
 Su labio profanando con tu beso,

¡Benditas mi ansiedad y mi zozobra,
 Que prefiero á la dicha que te exalta
 Y es de un acaso estúpido la obra.

Sigue, pues, sigue y hasta el cielo asalta;
 Lo que los hombres dan, tienes de sobra,
 ¡Pídele á Dios aquello que te falta.

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.A los pies de....

Me parecen tus piés cuando diviso
 Que la falda traspasan y bordean,
 Dos niños que traviosos juguetean
 En el mismo dintel del Paraiso.

Quiso el amor y mi fortuna quiso,
 Que ellos el fiel de mi esperanza sean;
 De pronto cuando salen me recrean,
 Cuando se van me afligen de improvviso .

¡Oh pies idolatrados, yo os imploro!
 Y pues sabeis mover todo el palacio
 Por quien el alma enamorada giene,
 Traed á mi regazo mi tesoro
 Y yo os aliviare por largo espacio
 Del riquísimo peso que os oprime.

MADRIGALES.

GUTIERREZ DE CETINA.

Ojos claros, serenos,
 Si de dulce mirar sois alabados,
 ¿Por qué si me mirais, mirais airados?
 Si cuanto más piadosos
 Más bellos parecéis á quien os mira
 ¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
 Ojos claros, serenos,
 Ya que así me mirais, miradme al menos.

LUIS MARTIN.

Iba cogiendo flores
 Y guardando en la falda
 Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
 Mas primero las toca
 Á los rosados labios de su boca,
 Y les da de su aliento los olores;
 Y estaba (por su bien) entre una rosa
 Una abeja escondida,
 Su dulce amor hurtando;
 Y como en la hermosa
 Flor de los labios se halló, atrevida
 La picó, sacó miel, fuése volando.

D. LUIS DE GÓNGORA.

De la florida falda,
 Que hoy de perlas bordó la alba luciente,
 Tegidos en guirnalda
 Traslado estos jazmines á tu frente,
 Que piden con ser flores
 Blanco á tus sienes, y á tu boca olores.
 Guarda de estos jazmines
 De abejas era un escuadrón volante,
 Ronco, sí, de clarines,
 Mas de puntas armado de diamante:
 Púselas en huida
 Y cada flor me cuesta una herida.
 Mas, Clori, que tu tejido
 Jazmines al cabello desatado,
 Y más besos te pido
 Que abejas tuvo el escuadrón armado.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Hay un rincón maldito en el infierno
 Desde el que en vaga y celestial penumbra,
 Para aumentar el sufrimiento eterno,
 Otro rincón del cielo se columbra.
 ¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
 La hermosa luz de tu semblante alumbra,
 Si es mirarse en tus ojos retratado
 Hacerle ver el cielo á un condenado?

EPIGRAMAS.

El que las coplas hicistes,
 Todos los que las miramos
 Sabed que en deuda os quedamos
 De la risa que nos distes;
 Pero vos de vos y dellas
 Quejaros también podréis
 Porque el tiempo nos debeis
 Qué gastamos en leellas.

(Cristobal de Castillejo.)

Tus cabellos, estimados
 Por oro contra razón,
 Ya se sabe, Inés, que son
 De plata sobredorados;
 Pues querrás que se celebre
 Por verdad lo que no es:
 Dar plata por oro, Inés,
 Es vender gato por liebre.

(Baltasar de Alcázar.)

A cierto galán grosero,
 Pesado en contar su amor,
 Presumido y hablador,
 E hijo de un especiero,
 Dijo una dama: — Prudente
 Sois en decir vuestro mal,
 Y un hombre muy especial,
 Que hablais muy especialmente.

(Salvador Jacinto Polo de Medina.)

En la cabeza le dió
 Un palo Juan á Ginés;

¿Y rompióselo? Al revés,
El palo se le rompió,
Ginés era aragonés.

(José Cadalso.)

Al andaluz más valiente
De todos los andaluces,
Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de cruces,
Cierta noche á la una dada,
En el Conejal hallé;
Me miró, yo le miré,
Y.....fuése sin decir nada.

(José Iglesias de la Casa.)

De imposibles santa Rita
Es abogada; y Filena,
Con devoción muy contrita,
Reza á la santa bendita
A fin de que la haga buena

(Nicolás Fernández de Moratín.)

En un cartelón lei
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende.. ..
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

(Leandro Fernández de Moratín.)

Su vida escribió Benito
A los siglos por venir,
Bien hizo el autor maldito;
Que si él no la hubiera escrito
¿Quién la había de escribir?

(Manuel Bretón de los Herreros.)

Di á un pobre, y es lo común,
De calderilla un puñado,
Y gritaba:— ¡No he sacado
Para un panecillo aún!
—Pues qué ¿no basta ese cobre—
Dije—para un panecillo?
—Es que esto—repuso el pobre—
Es para echarme un cuartillo.

(Juan Martínez Villergas.)

De tus versos, caro Antón,
Me ofreciste la edición;
Hace una semana escasa
Que la trajeron á casa,
Y ya no queda un ratón.

(Manuel del Palacio.)

ROMANCES.

I.

ROMANCES HISTÓRICOS.

Romancero del Cid.

En Santa Gadea de Burgos,
Do juran los fijosdalgo,
Allí le toma la jura
El Cid, al rey castellano.
Las juras eran tan fuertes,
Que á todos ponen espanto;
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo:
—Villanos mátente, Alfonso,
Villanos, que non fidalgos,
De los de Asturias de Oviedo
Que non sean castellanos.
Mátente con aquíjadas,
No con lanzas ni con dardos;
Con cuchillos cachicuernos,

No con puñales dorados;
 Abarcas traigan calzadas,
 Que non zapatos con lazos;
 Capas traigan aguaderas,
 Non de contray, ni frisado;
 Con camisones de estopa,
 Non de holanda, ni labrados;
 Vayan cabalgando en burras,
 Non en mulas ni caballos;
 Frenos traigan de cordel,
 Non de cueros fogueados;
 Mátente por las aradas,
 Non por villas ni poblados,
 Y sáquente el corazón
 Por el siniestro costado,
 Si non dijeres verdad
 De lo que te es preguntado,
 Si fuiste, ni consentiste
 En la muerte de tu hermano—
 Jurado tiene el buen Rey,
 Que en tal caso no es hallado;
 Pero con voz alterada
 Dijo muy mal enojado:
 Cid, hoy me tomas la jura
 Despues besarme has la mano —
 Respondiérale Rodrigo;
 D' esta manera ha hablado:
 —Por besa* mano de rey
 No me tengo por honrado;
 Porque la besó mi padre
 Me tengo por afrentado.
 —Vete de mis tierras, Cid,
 Mal caballero probado,
 Y no me estés más en ellas
 Desde este dia en un año.
 —Pláceme, dijo el buen Cid,
 Pláceme, dijo de grado,
 Por ser la primera cosa

Que mandas en tu reinado:
 Tú me destierras por uno,
 Yo me destierro por cuatro. —
 Ya se despide el buen Cid
 Sin al Rey besar la mano,
 Con trescientos caballeros,
 Esforzados fijosdalgo;
 Todos son hombres mancebos,
 Ninguno hay viejo ni cano;
 Todos llevan lanza en puño
 Con el hierro acicalado,
 Y llevan sendas adargas
 Con borlas de colorado.

D. ANGELO DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

Sostenido por sus pajes
 Desciende de la litera
 El Conde de Benavente
 Del alcázar á la puerta.
 Era un viejo respetable,
 Cuerpo enjuto, cara seca
 Con dos ojos como chispas,
 Cargados de largas cejas;
 Y con semblante muy noble,
 Mas de gravedad tan seria,
 Que veneración de lejos
 Y miedo causa de cerca.
 Eran su traje unas calzas
 De púrpura de Valencia,
 Y de recamado ante
 Un colete á la leonesa.
 De fino lienzo gallego
 Los puños y la gorguera,
 Unos y otros guarnecidos

Con randas barcelonesas.
 Un birrete de belludo,
 Con su cintillo de perlas,
 Y el gaban de paño verde
 Con alamares de seda.

Tan solo de Calatrava
 La insignia española lleva,
 Que el Toisón ha despreciado
 Por ser orden extranjera.
 Con paso tardo, aunque firme,
 Sube por las escaleras,
 Y al verle las alabardas
 Un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor y de aviso
 De que en el alcázar entra
 Un grande, á quien se le debe
 Todo honor y reverencia.

Al llegar á la antesala,
 Los pajes que están en ella
 Con respeto le saludan
 Abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el Conde,
 Sin que otro aviso preceda,
 Salones atravesando,
 Hasta la cámara régia.
 Pensativo está el monarca
 Discurriendo cómo pueda
 Componer aquel disturbio
 Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe
 Aun mucho más de él espera,
 Y al de Benavente mucho
 Considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,
 No hay quien dar consejo pueda,
 Y Villalar y Pavía
 A un tiempo se lo recuerdan.

En el sillón asentado,

Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido sé acerca.

Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas, como grande del reino,
Sin descubrir la cabeza.

El Emperador, benigno,
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.

Y entre sereno y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbón aloje
Voluntad suya resuelta—

Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.

«Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toqueis mi honra
Y respetad mi conciencia.

«Mi casa Borbón ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;

«Que á mí me sobra en Tolédo,
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo solo aliento infesta.

«Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego

»

Sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A dó estaba su litera.

Y á casa de un su pariente
Mandó que le condujeran
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Cárlos quinto
De ver tan noble firmeza
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

(Obras.)

II.

CABALLERESCOS.

La esposa fiel.

—Caballero de lejas tierras,
Llegaos acá, y pareis,
Hinquedes la lanza en tierra,
Vuestro caballo arrendeis,
Preguntaros he por nuevas
Si mi esposo conoceis.

—Vuestro marido, señora,
Decid, ¿de qué señas es?

—Mi marido es mozo y blanco,
Gentil hombre y bién cortés,
Muy gran jugador de tablas,
Y también del ajedrez.

En el pomo de su espada
Armas trae de un marqués,
Y un gran ropón de brocado
Y de carmesí el envés.

Cabe el fierro de la lanza
 Trae un pendón portugués,
 Que ganó en unas justas
 A un valiente francés.
 —Por esas señas, señora,
 Tu marido muerto es:
 En Valencia le mataron
 En casa de un ginovés:
 Sobre el juego de las tablas
 Lo matara un milanés.
 Muchas damas lo lloraban,
 Caballeros con arnés,
 Sobre todo lo lloraba
 La hija del ginovés;
 Todo dicen á una voz
 Que su enamorada es:
 Si habeis de tomar amores,
 Por otro á mi no dejeis.
 —No me lo mandeis, señor,
 Señor, no me lo mandeis,
 Que antes que yo eso hiciese
 Señor, monja me vereis
 —No os metais monja, señora,
 Pues que hacello no podeis,
 Que vuestro marido amado
 Delante de vos teneis.

(Romancer.)

III.

MORISCOS.Zaide y Celinda.

Por las puertas de Celinda
 Galan se pasea Zaide,

Aguardando que saliera
 Celinda para hablalle.
 Salió Celinda al balcón
 Mas hermosa que no sale.
 La luna en escura noche
 Y el sol entre tempestades.
 —Buenos dias tengais, mora.
 —A tí, moro, Alá te guarde.
 —Escucha, Celinda, atenta,
 Si es que quieres escucharme.
 ¿Es verdad lo que le han dicho
 Tus criados á mi paje,
 Que con otro hablar pretendes
 Y que á mí quieres dejarme
 Por un turco mal nacido
 De las tierras de tu padre?
 No quieras tener oculto
 Lo que tan claro se sabe.
 ¿Te acuerdas cómo dijiste
 En el jardin la otra tarde:
 «Tuya soy, tuya seré,
 Tuya es mi vida, Zaide?» —
 De verse reconvenida
 La mora en enojos arde,
 Y cerrando su balcón,
 Al turco dejó en la calle.

El galan soberbecido
 Pisotea su turbante,
 Y con rabiosas fatigas
 Ha cantado estos cantares:

«¿Quieres que vaya á Jeréz,
 Por ser tierra de valientes,
 Y te traiga la cabeza
 Del moro llamado Hamete?
 ¿Quieres que me vaya al mar
 Y las olas atropelle?
 ¿Quieres que me suba al cielo
 Y las estrellas te quente,

Y te ponga á tí en la mano
 Aquella más reluciente?

La estrella sale de Vénus
 Al tiempo que el sol se pone,
 Y la enemiga del día
 Su mantito negro esconde.

(Romancero.)

IV.

VARIOS.

De autor anónimo

Topáronse en una venta
 La muerte y amor un día,
 Ya después de puesto el sol
 Al tiempo que anochecía.
 A Madrid iba la muerte
 Y el ciego amor á Sevilla,
 A pie llevando en los hombros
 Sus caras mercaderías.
 Yo pensé que iban huyendo
 Acaso de la justicia;
 Porque ganan á dar muerte
 Entrambos á dos la vida,
 Y estando los dos sentados
 Amor á la muerte mira;
 Y como la vió tan fea
 No pudo tener la risa
 Y al fin la dijo riyendo:
 —Señora, no sé que os diga,
 Porque tan hermosa fea
 Yo no la he visto en mi vida.
 Corrida la muerte de esto,
 Puso en el arco una vira,
 Y otra en el suyo Cupido,

Y hácia fuera se retiran.
 Con un lapzón el ventero
 De por medio se metía,
 Y haciendo las amistades
 Cenaron en compañía.
 Fuéles forzoso quedarse
 A dormir en la cocina,
 Que en la venta no había cama
 Ni el ventero la tenía.
 Los arcos, flechas y aljabas
 Dan á guardar á Marina
 Una moza que en la venta
 A los huéspedes servía.
 Aun no bien ha amanecido,
 Cuando amor se despedía:
 Sus armas al huésped pide
 Pagando lo que debía,
 El huésped le da por ellas
 Las que la muerte traía,
 Amor se las echó al hombro,
 Y sin más mirar camina.
 Despertó luego la muerte
 Triste, flaca, desabrida;
 Tomó las armas de amor,
 Y también hizo su guía,
 Y desde entonces acá
 Mata el amor con su vira
 Mozos, que ninguno pasa
 De los veinticinco arriba.
 Á los ancianos á quien
 Matar la muerte solía,
 Ahora los enamora
 Con las saetas que tira.
 Mirad cual está ya el mundo,
 Vuelto lo de abajo arriba;
 Amor, por dar vida mata;
 Muerte, por matar, da vida.

(Romancero.)

FRAY FELIX LOPE DE VEGA

A mis soledades voy
De mi soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.

No sé que tiene el Aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mi mismo
No puedo venir más lejos.

Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.

Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan
Fácilmente me desiendo,
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.

Él dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.

La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo
Su locura en su arrogancia
Mi humildad en mi desprecio.

O sabe naturaleza
Más que supo en este tiempo,
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.

Solo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo haciendo